

La mentira repetida sigue siendo mentira

Llevamos una temporada larga en la que los ciudadanos constatamos una ausencia, si no persecución, de los valores éticos fundamentales en la convivencia humana. La mentira se repite sin cesar por parte de la oposición política, y se convierte en acusación constante contra el gobierno. La utilización de las personas golpeadas por el terrorismo para el propio provecho e interés político de los que perdieron las últimas elecciones se convierte en norma habitual de comportamiento. El insulto es modo normal de relacionarse entre los que ostentan cargos importantes en la política, unos y otros. Se promueve la división entre las personas y los pueblos, con ideologías diferentes, volviendo al pasado negro de las dos Españas, por parte de los que lideran la oposición para desgastar al gobierno. El diálogo, la manera más correcta y por ello más humana de entenderse las personas, está ausente en toda controversia política; más aún, se convierte en acusación de la oposición contra el gobierno, porque dice que lo utiliza con los terroristas. La consecución de una posible pacificación no se acepta si la logra el gobierno.

La fidelidad a la verdad, la persecución de la mentira, el diálogo como medio de llegar al consenso, el respeto profundo a la persona, los buenos modales en las relaciones personales, la búsqueda de la unidad y la consecución de la paz ya no son valores habituales en nuestra sociedad, y especialmente en el debate político. Se está deshumanizando la convivencia. Y esto no es honesto ni ético. Señores de la oposición, la mentira por más que se repita continúa siendo mentira.

Y si pasamos al terreno religioso es al menos escandaloso, y por lo tanto denunciado, que en nombre de Dios la jerarquía de la Iglesia católica apoye estos contravalores humanos: la mentira, la división, el enfrentamiento, el insulto; y silencie y no promueva, incluso con el enemigo, valores profundamente cristianos como la verdad, el perdón, la misericordia, la solidaridad, la compasión, la tolerancia, y en definitiva el amor, base fundamental del cristianismo y de toda auténtica religión. La moral cristiana se apoya en un único mandamiento, el amor a Dios verificable en el amor a los hermanos. Echamos de menos este mensaje en los obispos de la Iglesia y en los líderes religiosos. Más bien nos están acostumbrando a otros comportamientos ausentes en el mensaje y la vida de Jesús de Nazaret, único modelo para todo cristiano, como la intransigencia, el enfrentamiento, la imposición de las propias ideas y posturas, la intolerancia, la acusación sin previo diálogo, la incompreensión y, en síntesis, la ausencia de amor.

Los que están promoviendo esta situación, políticos de la oposición y jefes de la Iglesia, serán los principales responsables de la violencia, la división y el odio que están implantando en la sociedad con sus irresponsables actitudes. Revisen su conducta, señores de la oposición y obispos, porque el camino emprendido conduce al desastre en la convivencia serena, lograda en tiempos anteriores.

Zaragoza, Marzo de 2006

Comunidades Cristianas Populares